

# MACHITO

Gael Policano Rossi



DE  
PARADO

# **Machito**

Gael Policano Rossi

**DE  
P  
A  
R  
A  
D  
O**

# Índice

Cubierta

Portada

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Sobre el autor

Créditos

*para Lauti,  
gracias.*

# 1

Adolfo estaba desesperado. El amor de su vida llegaba a Buenos Aires en treinta días y una horrible inquietud le carcomía la cabeza: “Nunca tuvimos sexo y tengo la sensación de que los dos somos pasivos”.

Técnicamente sí, Adolfo nunca había sido activo. Cuando practicaba el homosexualismo él única y exclusivamente había oficiado de pasivo. Al menos así se declaraba en los perfiles de los sitios de citas. Otro ejemplo también eran sus nicks en el chat: PAS. BOTTOM. A veces: SOLO ORAL. Adolfo estaba contento con su posición, pero inseguro sobre la posición del amor de su vida.

El amor de su vida iba a tomarse un avión y aterrizar en Buenos Aires y llegar hasta a su casa, y Adolfo estaba convencido de que el sexo iba a ser un desastre. La espera parecía haberlo cargado de miedos, y no de erotismo. Hasta ese momento la relación a larga distancia había ido bien, pero cuando Adolfo vio aquel pasaje de avión comenzó lo peor.

Treinta días para que el amor de su vida llegara a Buenos Aires. Treinta días de amor y ansiedad.

¿A quién no le enamora la espera? Esta había sido una dulce espera, linda, ideal por donde se la mire, un novio por Skype con toda las reglas: el diálogo muy fluido, el ánimo jocoso, nada de bajones o malas noticias ni te extraños posesivos, siempre mucha honestidad, la nota justa de curiosidad por saber qué almorzaste o con quién te juntaste, una sincera expectativa por verse, y esa poca de ternura que se mezcla con calentura.

Varios mails, cientos de chats y muchas llamadas de 45 a 135 minutos de duración sostuvieron la atención y la tensión. El amor de su vida era una promesa a treinta días de cumplirse, pero ¿y si todos esos meses de platónico deseo en el fondo habían sido una frialdad encubierta, una estrategia, una seducción estéril? ¿No había casos conocidos de embaucadores de internet que te seducían y después te robaban y te violaban?

Adolfo no podía dormir. Lo que lo había enamorado lo estaba matando.

## 2

Se habían conocido en la puerta de una sala de teatro, en la calle, en el Abasto, después de haber visto una obra muy triste en la que todos los actores lloraban mucho y decían diálogos intrascendentes como “¿Frutilla o vainilla?” o “Dos de uno veinte, por favor”. Eran los últimos días de la primavera de 2009.

El elenco, entusiasmado con enseñar su afilada técnica actoral, lloraba y lloraba tanto que al poco tiempo tenían la cara cubierta de baba y de mocos. Para hablar compartían un mismo micrófono de mano. Se lo pasaban unos a otros y caían mocos sobre el micrófono, y después cuando otro lo agarraba caían sus mocos también, y durante los cincuenta minutos que duraba esa tragedia contemporánea se iban armando unas extensas lianas de moco entre ellos, que los unían en una madeja jugosa de hilos transparentes.

La obra se llamaba *Entre lágrimas*. En la puerta del teatro cruzaron miradas. ¿Será troló?, pensó Adolfo. Tampoco pensaba sarpase delante de cualquier gente. Le clavó la mirada y el amor de su vida se dio cuenta, pero todavía no sabían que se iban a enamorar. El amor de su vida se acercó, con una impostura un poco fingida, y le preguntó el nombre. Adolfo la pescó rápido y empezó a ablandar: a los veinte minutos se sentía una complicidad especial, y era tal el código que dijeron al unísono “¡Entre mocos!” y se rieron como dos putos malos. Alguien del elenco, que saludaba a sus familiares después de la función, los escuchó y se ofendió. Adolfo y el amor de su vida se miraron endiablados, entre risas, y se ocultaron en la multitud.

Tampoco había tanta gente. Con esa travesura se enamoraron definitivamente.

Adolfo estaba con una amiga, muy fan del teatro independiente y especialmente fan de una pija que actuaba en la obra y les había hecho el dos por uno. El amor de su vida estaba de intercambio cultural, era algo así como un artista, o un intelectual, venía de otro país, así que Adolfo no prestó mucha atención a lo que decía sino más bien a su acento. El acento era sexy, no era muy común conocer venezolanos en Buenos Aires. Adolfo y su amiga, la Chancle, volvieron en colectivo para el barrio. Su amiga decepcionada con la pija de la que era fan, y Adolfo más ilusionado que nunca con la pija del amor. A las pocas horas apareció un inbox agradable, le dejó un saludo y su pin de BlackBerry. Esto se siguió luego con una solicitud de amistad y una ventana de chat. Adolfo lo contestaba todo desde el celular y comenzó una charla que duró seis horas. El alba los pescó enganchados y hablando de la infancia, la vida y tirando indirectas.

Así fueron el segundo y tercer día de intensa actividad on line, hasta que se cruzaron por la calle. Cara a cara la ansiedad los agarró desprevenidos. Estaban en una panadería, era de noche, había mucha gente, se pusieron tensos, estaban incómodos y Adolfo se fue sin decir mucho más que cómo andás. Compró una empanada de pollo y un sánduche de miga y se fue. ¿Qué hiciste, Adolfo? ¿Te olvidaste del amor de tu vida tan rápido? El amor de su vida parecía desconcertado. Pero Adolfo no había aguantado la situación, no era lo mismo en persona, había sido demasiado y de imprevisto, la virtualidad era tan fuerte que la presencia física estaba enrarecida.

El amor de su vida le volvió a escribir, pero, como siempre en el amor suceden estos desencuentros, Adolfo no lo leyó a tiempo. Yendo para el trabajo, Adolfo lo vio desde un taxi: era el amor de su vida, saliendo de un hostel de Palermo y subiendo los bolsos a un remise. Por un segundo cruzaron

miradas. Se reconocieron y con cara de tontos se saludaron. ¿Por qué los enamorados desaprovechan las pocas veces que el universo se organiza en su favor?

Adolfo abrió el chat y vio los mensajes sin leer. Terminaba la beca de intercambio. “Me vuelvo para Colombia. Me dio mucho gusto conocerte”. Adolfo descubrió que era colombiano, y comprendió que no sabía distinguir los acentos latinoamericanos. Apenas el chileno. Pero eso no era lo importante. Era su última oportunidad de verlo, la última oportunidad de hacer un gran acto heroico de despedida. De jugársela por amor. Pero tenía que llegar al trabajo y el aeropuerto le quedaba a trasmano.

Adolfo lloró en el taxi. Llegó a su trabajo. Entró a la inmobiliaria y la hija del jefe lo despidió sin mucha ceremonia. Dos despedidas en un mismo día. Volvió a su casa, se tiró en la cama. Le escribió un “buen viaje”, le escribió que no lo podía creer, le escribió que había llorado. El amor de su vida le dijo: “Lo sé, yo también lloré”. Adolfo se quedó mudo: el amor de su vida tenía señal en el aeropuerto. Lo más importante del amor se da cuando uno recibe la respuesta bien rápido. Es así.

El amor de su vida le dijo: “No sé por qué estoy llorando”. Adolfo se largó a llorar, fuerte, con ruido. Se estrujó la cara. No entendía por qué tenía que ser así el amor. Ahora entre ellos se había tejido, a través de un celular, una liana de mocos y el amor los había dejado entre lágrimas.

### 3

Las semanas que siguieron fueron ciertamente conocidas como las semanas del “Skype boyfriend”. Fueron alrededor de mil trescientas cincuenta interacciones en Facebook y cuarenta megas de información entre texto y fotos de webcam. Adolfo guardó todas sus conversaciones en una carpeta llamada “AMORSIS”. Terminaba el verano. Caían las lluvias de marzo. Festejaban juntos el cumpleaños de Adolfo en una llamada que involucró champán, raviolos de verdura y medio kilo de helado para cada uno. Es más, esa noche Adolfo no fue a festejar con sus amigas. El amor de su vida en la trigésimo segunda llamada confesó: “Tengo pasajes para Buenos Aires, te voy a buscar, no puedo más”, pero a los dos días decidió “enfriar un poco las cosas”.

Adolfo vivió la relación con intensidad y aceptación.

Adolfo nunca demostraba desinterés, no posaba, ni fumaba en cámara cuando charlaban, ni se quejaba de que algo andaba mal en el audio de la videollamada. Se enseñaban mutuamente sus departamentos y sus mascotas, hablaban de las costumbres de sus respectivos países y se confesaban el mutuo deseo por verse nuevamente, en persona, darse un tiempo, probar. Se reían, nerviosos, no se animaban a hablar de sexo. Esto a Adolfo lo volvía loco. Ya casi terminaba el otoño. Ningún amor es eterno, salvo el amor intelectual. Una ráfaga de viento frío arremolinaba las hojas de la calle. Una mañana de escarcha helada lo encontró a Adolfo desvelado, fumando, mirando por la ventana las calles de barrio, añorando el amor. ¿Por qué sos tan maricón, Adolfo?

El último domingo de junio abrieron juntos un sobre que le acababa de llegar al amor de su vida: los resultados de una nueva beca, y si la plata le alcanzaba tal vez, tal vez, tal vez... Desde Buenos Aires Adolfo asistía a un reality show en el que el protagonista era el amor de su vida.

—Abrilo ¡ya!

—Momento, momento —decía el amor de su vida.

—¿Por qué no te lo mandan por mail? —le preguntó ansioso Adolfo.

—Mi universidad te envía el cheque por correo, en mi Estado es así —le contestó paciente el amor—. Escúchame, si abro el sobre y no tiene un cheque voy a ir igual.

Adolfo se tapaba la boca. Sus ojos se abrieron inmensos, iluminados por la luz blanca de un monitor. Parecía un conejo al que lo estaba por pisar un auto en la ruta.

—¿Lo abrimos juntos? —dijo sosteniendo el sobre marrón en alto y exhibiéndolo a la cámara—. A la cuenta de tres...

—Te amo —dijo Adolfo.

—Uno, yo también... dos...

¡Sí! Un cheque y un boleto de avión directo a Buenos Aires. La fecha: dentro de treinta días. 30 de julio. Treinta días nada más para una investigación universitaria y treinta días para Adolfo y la pasión de su vida: el amor.